

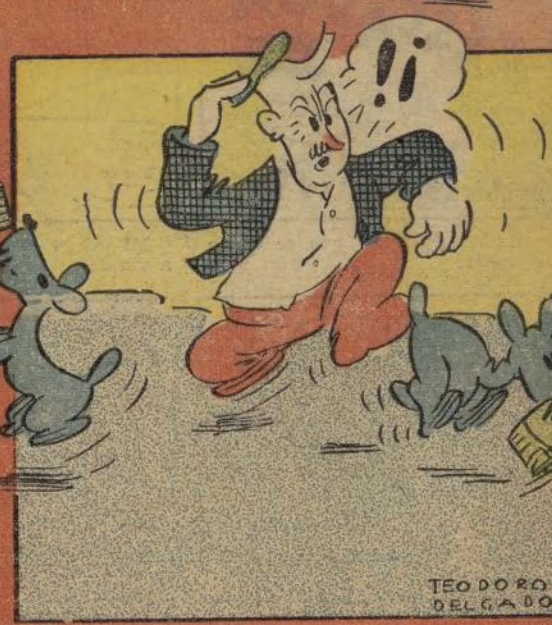


AÑO VI—NUM. 267

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 21 de junio de 1934

UNA MERIENDA QUE VUELA



TEODORO DELGADO

"EL ENIGMA"



Pues señor, que había una vez un rey muy sabio, preocupado siempre por la felicidad de sus súbditos. Y pensando, pensando, llegó un día a hacerse estas reflexiones: "He aquí que todos los animales, los caballos, los bueyes, las ovejas, los gatos..., viven en gran paz y armonía entre ellos, y serían felices en absoluto, si no se viesen obligados a prestar al hombre el tributo de su trabajo y aun de su misma carne. Y, ¿por qué son felices estos animalitos? ¡Porque no tienen instrucción ninguna!"

Y dándose una gran palmada en la frente, como si hubiese descubierto un gran secreto, convocó al pueblo a una gran asamblea, y en ella propuso desterrar de sus estados toda cultura y enseñanza, y acabar con los sabios, llenando con ellos las prisiones todas del reino.

La propuesta fué acogida con grandes alaridos de júbilo, principalmente por los estudiantes, que cogieron a sus maestros y los encerraron en las cárceles; cerraron las escuelas y universidades, y las



convirtieron luego en salones de baile y de recreo.

Por un momento pareció que la anhelada felicidad había descendido sobre el país; pero al poco tiempo la ignorancia, los desórdenes y los litigios adquirieron tales proporciones, que la situación pública fué un verdadero caos. La pobreza llegó a ser tan espantosa, que los ministros del rey propusieron que se vendieran al extranjero todos los objetos que habían sido hechos, y tenían valor, en los tiempos de las personas instruidas, y que ahora, en los de la ignorancia, resultaban absolutamente inútiles; a saber: libros, cuadros, estatuas, etc. No hablamos de oro y plata, porque estos metales habían sido los primeros en desaparecer, y de ellos no quedaba en el reino ni un adarme.

Y sucedió que, mientras se buscaban y vendían cuadros, estatuas y libros, se halló en unos jardines, y sobre un bajo pedestal, una estatua de mármol, que ceñía su cabeza con una especie de guir-

nalda de bronce, en la que campeaba en relieve esta inscripción:

"Kalendis Maji, oriente sole
Aureum caput habeo."

Los ministros del rey, que presidían aquellas operaciones, trataron de comprender lo que significaban aquellos signos grabados en la corona de la estatua.

—Yo creo que son letras—dijo uno de los ministros; pero como ninguno de ellos sabía leer ni escribir, se quedaron sin entender nada en absoluto.

Entonces llamaron al rey, que era la persona más instruida del país. El rey afirmó que, efectivamente, se trataba de una inscripción; pero que ignoraba la lengua en que estaba redactada.

Reunióse, entonces, el Consejo de Estado, y se decidió requerir el auxilio de un famoso poeta y literato, que, como todos los demás sabios, había sido encarce-



lado. Conducido a la presencia del rey y de sus ministros, se le ordenó que explicase el significado de aquella inscripción misteriosa.

—Lo haré de buen grado—respondió el sabio—; pero prometedme vosotros que habréis de concederme la libertad.

Prometióselo el rey solemnemente, y entonces el sabio habló así:

—Se trata de una inscripción latina, que, traducida, quiere decir: El día primero de mayo al salir el sol, tengo la cabeza de oro.

Cuando los ministros oyeron hablar de oro se emocionaron como leones hambrientos ante una indefensa gacela. En seguida el que se tuvo por más listo e ingenioso dijo a los demás:

—Estamos ante un enigma de muy fácil explicación. Cuando llegue el primero de mayo, al surgir el primer rayo de sol sobre la tierra, debemos romper la



cabeza de la estatua y la hallaremos llena de oro, como una alcancía.

Todos los demás ministros participaron de esta opinión.

(Continuará)

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Capítulo XVII

La batalla

Como si la muerte de uno de los dos jefes fuera la señal para comenzar la batalla, así que cayó el salvaje a los golpes de maza de su contrario, los dos ejércitos se acometieron con saña feroz, y el volteo de mazas y lanzas produjo en ambos bandos una carnicería espantosa.

Nuestros amigos, aterrados ante la fe-



rocidad de aquellos bárbaros, se retiraron a un pequeño altozano, y desde allí siguieron las diversas fases del combate, que no era por lo visto muy favorable para los de la tribu que les había protegido. En efecto: treinta minutos más tarde los del bando de Polo iniciaban la huida, mientras sus enemigos, ensañándose con los fugitivos, les perseguían lanzando atronadores aullidos de triunfo.



Sabedor del espanto que producía en los negros las detonaciones, y asqueado por el repugnante espectáculo, Polo dejó que pasaran los suyos, y entonces, descendiendo del altozano, se puso el solo frente a la horda sedienta de sangre y de matanza. Fueron unos segundos terribles, angustiosos, emocionantes. Si el muchacho hubiese vacilado un instante, la turba sanguinaria lo hubiera destrozado; pero el heroico aventurero tenía bien tem-



plados los nervios y el corazón; así es que, sin temblarle el pulso, se echó la carabina a la cara y disparó seguidos los cinco tiros, a los que contestaron otros tantos que Rafa hacía desde el altozano.

Varios salvajes rodaron heridos, y el resto de ellos se detuvo en seco, iniciando luego una desbandada, atropellándose, huyendo en el colmo del terror y del espanto. Los de la tribu amiga, reacios ante el refuerzo inesperado, se lanzaron



se de la vista de aquellos feroces salvajes, cuyos gritos de muerte continuaban oyéndose por todo el bosque. Mientras tanto, los salvajes se habían apoderado de ellos, y les conducían triunfalmente en hombros.



Fin del capítulo XVII



Historia de un pescador que se había propuesto pescar.



¡Oh, qué emoción! ¡Ya pican! ¡Soy feliz! ¡Oh! ¡Ah!



¡Reballenato! Está visto que no pisco más que objetos extraños.



¡Caramba! ¡Qué pescado más extraño! Esto no lo querrá mi mujer.



¡Caramba! ¡Qué pescado más extraño! Esto no lo querrá mi mujer.



¡Caramba! ¡Qué pescado más extraño! Esto no lo querrá mi mujer.



¡Caramba! ¡Qué pescado más extraño! Esto no lo querrá mi mujer.



¡Caramba! ¡Qué pescado más extraño! Esto no lo querrá mi mujer.

PASATIEMPOS

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS

AMENIDADES



Manuel Lambea tiene once años y ya es un formidable caricaturista. Véase la muestra de su arte, y la gracia del perrito, que parece estar ruborizado.

—¿Has visto ya al médico?
—Sí; ayer.
—¿Y adivinó lo que tenías?
—Casi, casi. Llevaba once pesetas en el bolsillo y me cobró diez por la visita.

Rosita Crespo.
8 años, Madrid.



—¿Cómo es que has venido tan tarde al colegio?
—Porque mi padre me necesitaba.
—¿Y no podía ayudar otro a tu padre?
—No, señor; me estaba pegando una paliza.



A don Ponciano, como era más infeliz que un kiosco, se le pasó pronto el berrinche del jardín, y en unión de sus sobrinos salió al campo a dar un paseito y a cazar mariposas con red, que junto con la pesca de la ballena con anzuelo, eran los deportes favoritos de don Ponciano, amante

de las emociones fuertes. Mientras el tío se enfrascaba en la lectura de JEROMIN, los sobrinos comenzaron a untar de miel una rebanada de pan conmovedora. En aquel momento, uno de los nenes vislumbró una mariposa, que aunque nunca había volado sobre el mar, podría muy bien



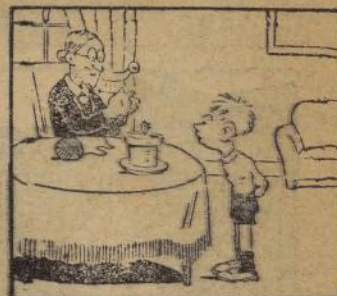
haberlo hecho. Los sobrinos dejaron la rebanada de pan sobre el sombrero del tío, que se había dormido con la tranquilidad del que ha pagado ya el impuesto del inquilinato. En esto llegó una abeja, atraída por la miel de la rebanada, y segundos después un verdadero enjambre de ellas

revoloteaba sobre la cabeza de don Ponciano, que acababa de despertarse un tantico mosqueado ante el roncar del enjambre. En aquel momento llegaron los sobrinos y quedaron absortos al contemplar el panal que le había crecido a don Ponciano en el "güito". Como los chicos tenían

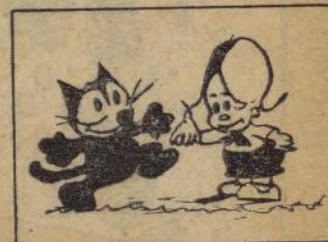


unas ideas la mar de prácticas, al momento idearon sacar partido de aquella eventualidad, y calzándose uno el caza-mariposas para evitar los picotazos, hizo el otro con una ramita que resbalase el panal que habían formado las abejas

hasta el fondo del zurrón, e instantes después habían conseguido una magnífica colmena, asombro de propios y extraños. Decididamente, don Ponciano y sus sobrinos eran más geniales que el "Gallo".



—Dime, Luisito, ¿dónde está Dios?
—En todas partes.
—Muy bien. ¿Entonces está aquí?
—Sí, señora.
—¿Y en la calle?
—Sí, señora.
—¿Y en el patio de tu casa?
—No, señora.
—¿Cómo que no?
—Claro que no; porque mi casa no tiene patio.



Félix y Bimbete son dos de nuestros favoritos. Félix porque se parece mucho a un amigo nuestro, y Bimbete porque es muy "salao", muy simpático y muy guapetón. Por eso nosotros tenemos una especialísima complacencia en publicarlos juntos, dibujados por la nena de 11 años, y de Orense, Lolita Moreiras, que, por hacerlo deprisa, ha dejado medio calvo al pobrecito Bimbete.

¡No seas así, Lolita! ¿No ves que el pobre Bimbete se va a enfadar?



CAMPEONATO INFANTIL Copa Jeromin 1934

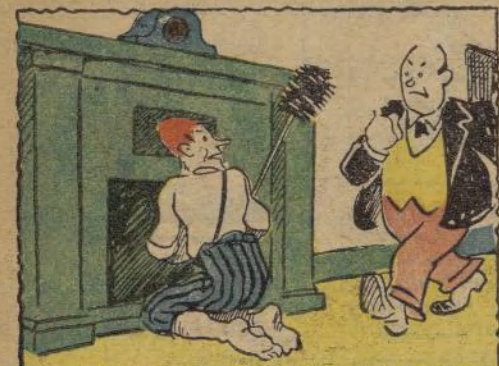
Ha terminado brillantísimamente—como empezó—el gran campeonato infantil de fútbol "Copa JEROMIN". Cincuenta y seis Clubs participantes, y 1.480 jugadores inscritos, dan idea del éxito alcanzado por este torneo, sin superar aún en la historia del fútbol infantil. JEROMIN, satisfecho del interés que ha despertado, da cariñosamente las gracias a todos cuantos han tomado parte en

1. "Deportivo Píscis", que ha ganado el campeonato.—2. Una simpática jerominista, Marujita Díaz, hace el saque de honor.—3. El "Alcántara Deportivo", club subcampeón.—4. Antes del encuentro, los capitanes se saludan y cambian ramos de flores.—5. Las madrinas de los equipos, jueces y capitanes, se reúnen.—6. Marujita Díaz y Pili Sánchez, madrinas del Alcántara y Píscis, respectivamente.

su magnífico campeonato, y con la mayor efusión, felicita igualmente, a esos 56 clubs, que han sabido comportarse correcta y deportivamente en los campos de juego y han puesto su mayor entusiasmo en el triunfo.

Y a vencidos y vencedores, JEROMIN envía un abrazo. A éstos, porque triunfaron; a aquellos, porque fueron dignos aspirantes al título.

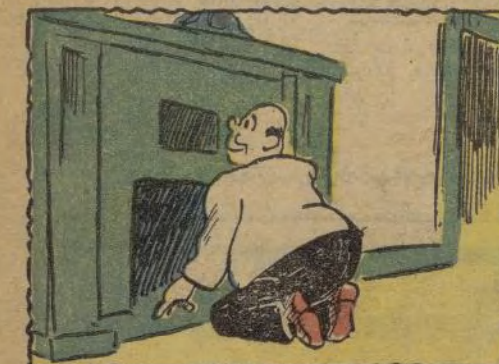
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



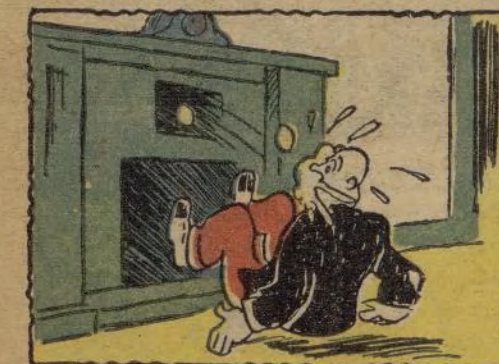
Cascarilla había encontrado un nuevo empleo, que era el de fumista. Consciente de sus deberes, fué a ca-



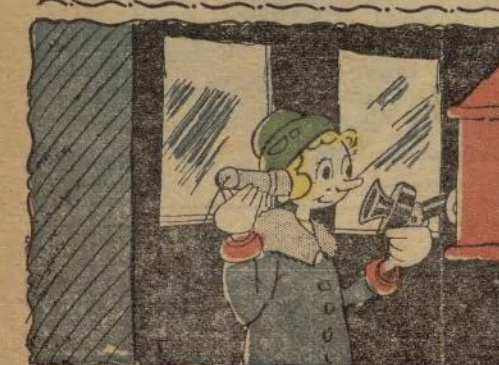
sa del señor Merenguito a limpiar una chimenea que debía de tener más porquería que un carro de la ba-



sura. Cascarilla metió su escobilla (vaya verso), y derribó un nido de tordo viudo que había en la chimenea,



y el contenido del nido (otro verso) vino a caer en la cara del señor Merenguito, donde se hizo una tortillita.

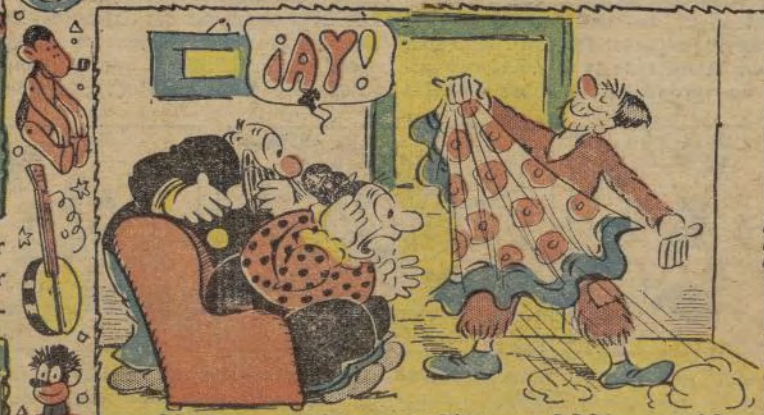


Como se le hacía tarde para llegar a casa, la señora de don Fielato decidió avisar a su esposo para que no estuviese preocupado.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Terre-Moto, hondamente emocionado por el salvamento y más aún porque presentía que aquel portentoso mago e inventor iba a servirle para escarmentar a los pilluelos, llevó a Pérez Oso y se lo presentó a mamá Tecla.



Cuando Pérez Oso hubo visto que Tizón había cumplido sus deberes de varita mágica, levantó la cortina y ante los ojos admirados de mamá Tecla y del capitán mostró cómo era verdad que habían desaparecido los pilluelos.



Y la buena señora, persuadida de que aquél era un mago sin igual entre los magos, les preparó una merienda, a la que iban a hacer desaparecer los comensales sin necesidad de trucos ni de recurrir a la alfombra mágica.



A mamá Tecla, aquello de tener un mago en su casa le agradó más que si le hubiesen dado la flor natural en unos juegos florales, y, tras de invitarles a un pastel de conejo con rasas de bacalao, le rogó que hiciera un juego.



Mamá Tecla, al cerciorarse de aquello, lanzó un grito como lo lanzaría una pantera con dolor de muelas, y arrojándose de un rodillo se lanzó sobre el mago, dispuesta a machacarle el cráneo si no le devolvía a sus hijitos.



Los pilluelos no habían estado ociosos. Picados en su amor propio, y enfadadísimos de que les tomaran para realizar experimentos, colocaron dentro de la habitación un petardo capaz de hacer volar un acorazado.



Pérez Oso, que estaba deseando hacerse amigo, dijo a mamá Tecla que iba a hacer desaparecer ante sus propios ojos a Tarugo y Perdigon. "Como la verdad que los hace desaparecer para siempre, adopto", pensó el marino.



Pérez Oso pudo conseguir que se calmara momentáneamente la respetable señora, que tenía toda la pinta de un luchador de grecorromana, y volvió a extender la mágica alfombra, que tan maravillosos prodigios operaba.



Peró los pilluelos tenían ahora enemigos más despiertos y de más cuidado que Barba Cana, Terre-Moto y compañía. Pérez Oso, insigne mago, se había dado cuenta del truco, y, haciendo un guiño a Tizón, éste devolvió la pelota.



—Fíjese, señora y muy respetable madre— decía el charlatán—, que aquí no hay trampa ni cartón. Este experimento es sencillo como una paloma y lo he realizado ante todos los públicos de Europa. ¡Atención! ¡Van a desaparecer!

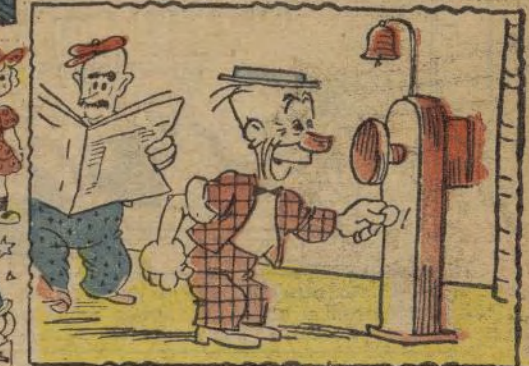


Y, descorriéndola de nuevo, aparecieron los pilluelos, sobre los que se lanzó su mamá para abrazarlos. Los que no estaban conmovidos eran Tarugo y Perdigon, a quienes el truco les había sentado como una patada en la espinilla.

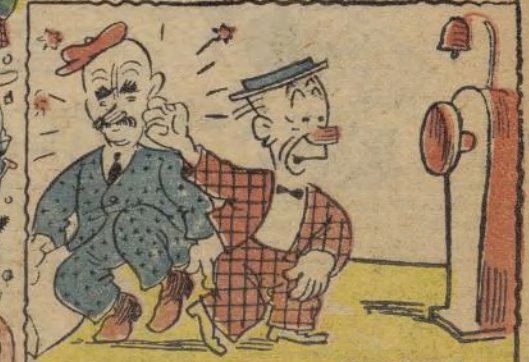


Y cuando los hermanitos se refocilaban pensando en el estallido que iban a dar los tragones, el petardo hizo explosión debajo de su... tis, dejándoles magullados los respectivos pretéritos pluscuamperfectos. Se iniciaba la batalla.

REPOLLO CARA DE BOLLO



—¡A probar la fuerza por diez centimos! —Bueno, me voy a gastar una perra gorda, pero voy a hacer



trizas el aparato, porque está visto que soy el terror de las verbenas. A la una, a las dos y a las tres... ¡Mi

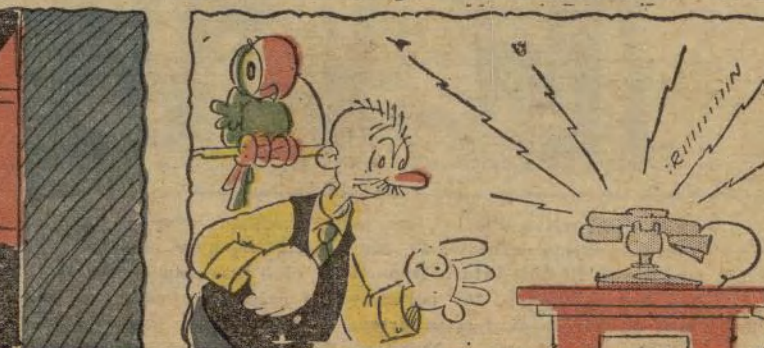


madre, me he debido de pegar contra un tabique! —¡Canalla! No sabe usted a quién ha pegado. ¡Quieto ahí,



que voy a probar mi fuerza en sus narices! ¡Ahí va eso! ¡Pegarme a mí, que soy el terror del barrio! ¡Toma!

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



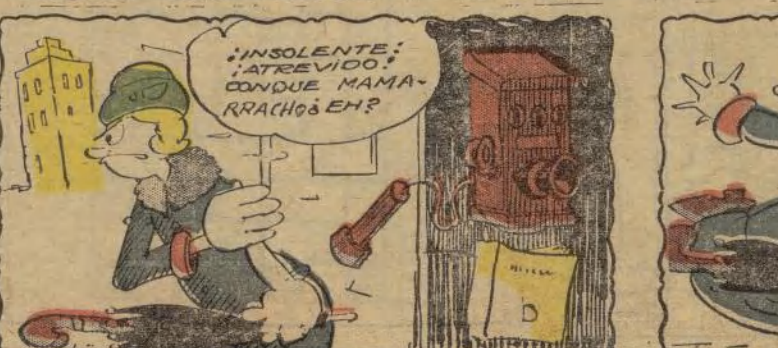
Don Fielato, al oír la llamada telefónica, se alegró mucho, pensando que tal vez sería su amigo Robustiano para invitarle a jugar al mus.



Peró apenas había empuñado don Fielato el teléfono, Laura, entrometida como de costumbre, comenzó a dar voces y alaridos.



Don Fielato se esforzaba inútilmente por oír, y su señora se desganiaba gritando: "¡Callate, mamarracho!", refiriéndose a Laura.



La señora, que ya estaba "mosca" perdida porque no la entendían, al oírse llamar encima mamarracho, abandonó el teléfono.

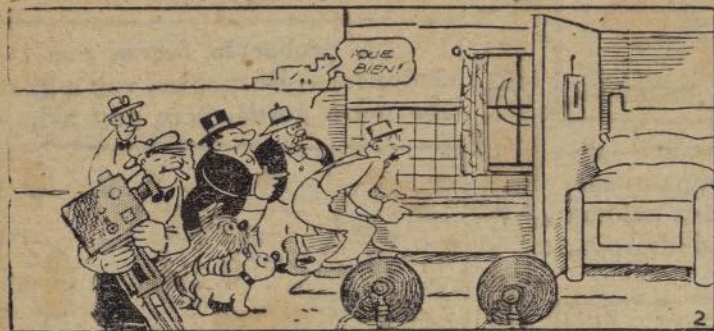


Y tomando un "taxi" para que no se le pasase la rabia y no perder fuerzas, llegó a su casa y ya lo veis; don Fielato a la Casa de Socorro.

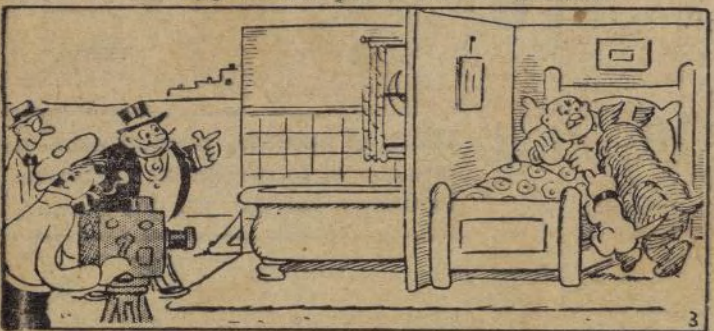
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



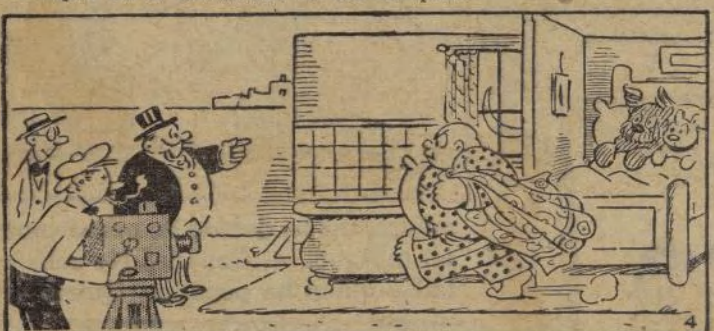
En pronto otros directores de películas de casas competidoras reclamaron el honor de "filmar" ellos la vida de "Feote" convertido en "Príncipe" por la pureza de su estirpe.



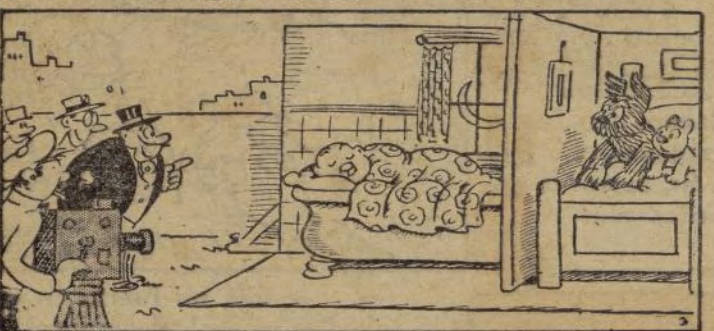
Operadores, directores, tramoyistas y todo el elenco se trasladaron al estudio para reconstruir la escena en que don Simplón conoció a "Feote", presentado por el travieso "Dinamita".



Comenzó la impresión de la película, tomando los acontecimientos en el preciso momento en que "Dinamita" y "Feote" irrumpen en el dormitorio de don Simplón.



Nuestro gordo amigo y sus perritos resultaban tres formidables artistas, y el director estaba entusiasmado ante el trabajo, que iba saliendo a pedir de boca.



Don Simplón siguió haciendo su papel tan serio; pero a "Feote" se le olvidó que era estrella cinematográfica, y saltando de la cama, de la que habían echado a su amo, le acometieron en la



bañera, y la emprendieron con él a cariñosos chupetones, entre el regocijo de los directores, operadores y resto del elenco, que saltaban de júbilo...

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO LVIII

—Es algún barco que está a punto de naufragar—dijo Albani—. El huracán les empujará, seguramente, hacia esta isla. Pero no se ve nada—respondieron sus compañeros—. Es preciso encender fuego para que comprendan esos desgraciados que aquí pueden encontrar socorro.



En aquel momento se vió en el tenebroso horizonte el resplandor de una llama, y poco después resonó un cañonazo. "¡Pronto!"—gritó Albani—. "¡Es un barco!" Los tres marineros se lanzaron hacia la gruta, cortaron algunas ramas de aquellas, saturadas de goma, y las transportaron al acantilado, amontonándolas bajo la defensa de la roca. En pocos instantes las plantas



comenzaron a arder, y se levantó una gran llamarada que iluminó las escolleras.

En aquel instante, el cielo, como envidioso de aquella lumbre, se iluminó; un lívido relámpago hendió las nubes, haciendo brillar las aguas hasta los extremos confines del horizonte. "¡El barco!"—gritaron los tres marineros—. No se habían engañado. A la lívida luz de aquel relámpago habían visto a una milla escasa de la costa a un velero, y, a pesar de vislumbrarse sólo un momento, se dieron cuenta de que debía de hallarse en situación desesperada, pues no tenía

palo ni vela alguna. Sin duda habían cortado la arboladura o la había roto el viento impetuoso. De vez en cuando se oían gritos de socorro.

—¡Enrique!—dijo el marinero—. ¿Crees que se puedan afrontar estas olas con nuestra chalupa? "No, señor; sería una imprudencia que nos costaría la vida." "Pero no podemos permanecer indiferentes ante su desgracia." "Las olas los empujan hacia nosotros—intervino el maltés—. Cuando la embarcación caiga sobre las rocas estaremos pronto para socorrerles."

"¡Callad! ¡He oído un crujido!" Un grito inmenso se elevó en el mar, seguido de un disparo. Otro relámpago iluminó las rocas. El junco había embestido la escollera, y se había tumbado



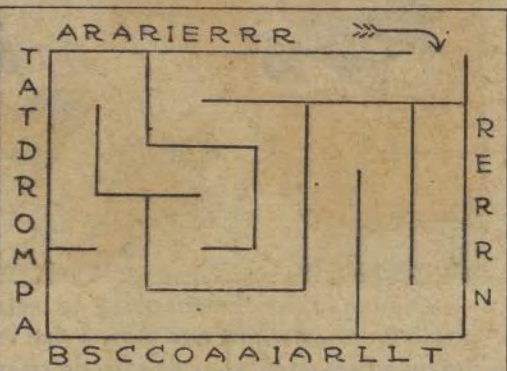
sobre estribos, y los Robinsones vieron correr sobre cubierta a varias personas.

El señor Albani, los dos marineros y el mozo, con tizones encendidos a guisa de antorcha, saltaron a la chalupa. Apoyando los remos en el bajo fondo atravesaron rápidos el canal, pero entonces se oyó otro crujido y a la luz de las antorchas vieron los Robinsones abrirse por medio el desgraciado barco, y en seguida hundirse de proa.



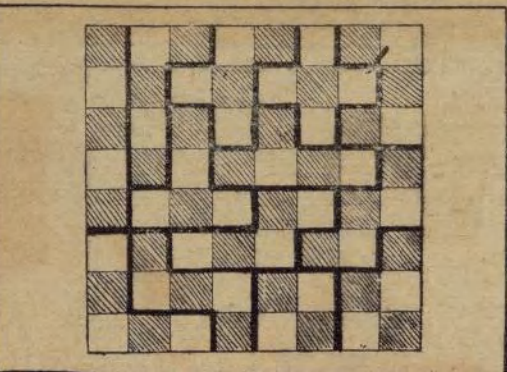
—¡Rayos!—exclamó Enrique palideciendo. —¡Se han ahogado!—gritaron el maltés y el muchacho.

PASATIEMPOS



Meted por donde indica la flecha todas las letras que hay fuera, y por el orden en que están, y colocadlas en el laberinto en seis filas horizontales de modo que puedan leerse los infinitivos de seis verbos castellanos.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Ved cómo puede recomponerse el tablero de ajedrez de don Severo, con los pedazos a que lo redujo Perdigón, el miserable.



Teresa está jugando al escondite con cuatro amiguitas. ¿Dónde están las cuatro amiguitas de Teresa?

Fijaos bien: dadle vueltas a la casa, y de seguro que no tardaréis en encontrarlas.



He aquí cómo se trazan las cuatro reotas que dividen el tablero en once partes, cada una de las cuales contiene tres estrellas.

EL FALSO RETRATO



El sastre, que era una fiera, se coló en casa del acreedor. "Tengo ganas de conocer a ese tío tramposo—decía—, y ya que no puedo cobrarle en dinero, me voy a cobrar en madera, dándole una soberana paliza". Entonces, la criada, le enseñó un retrato de un tío del dueño, que



era campeón de lucha, y le dijo que aquel era el dueño. "Y cuando llegue mi señorito le diré que quiere usted pegarle".



El sastre, al ver el tipo del señorito salió pies para qué os quiero, y el señorito emocionado gratificó a la criada.



El sastre, al ver el tipo del señorito salió pies para qué os quiero, y el señorito emocionado gratificó a la criada.

VERDADES Y MENTIRAS

¡Las palabras son más baratas!

El gran poeta italiano Luis Ariosto, se construyó una casa modestísima. Como un amigo le preguntase en cierta ocasión cómo él, que en sus obras



había descrito tan suntuosos palacios, se contentaba con una mansión tan humilde, el poeta respondió:

—Ay, amigo. Es que las palabras son mucho más baratas que las piedras.

Excesos de la crítica.

—La expresión del retrato no es acertada—decía uno.

—Apenas se puede reconocer al modelo—añadía otro.

Así hablaban algunos críticos ante un cuadro en el estudio del pintor Juan Ranc. El artista, nacido en Montpellier, se había instalado en París, donde había logrado gran reputación como hábil retratista. Y tenía de bueno que sabía soportar las críticas con excelente humor.

Pero aquella vez determinó

dar una graciosa lección a los críticos. Durante varios días se ocupó en retocar el retrato en todas sus partes, menos en la cara; luego concertó con su modelo la treta que habían de jugar a los buscadores de defectos.

Pocos días después, Ranc invitó de nuevo a los críticos a que visitaran su estudio y les rogó se colocasen en determinado punto de vista de la estancia, mientras él descubría, en el extremo opuesto, el retrato corregido que ellos habían ya visto y criticado. Retiró el



pañó que lo cubría, y el cuadro apareció ante los que iban a ser sus jueces.

—No está logrado, amigo Ranc—exclamó uno de los críticos después de largo examen—. Conozco al modelo y no se puede decir que el retrato lo represente con fidelidad.

—Los ojos no son aquéllos—añadió un segundo.

—¿Y qué decir de la boca?—añadió un tercero—; la boca tiene un gran defecto...

Al llegar a este punto, vieron

todos, con espanto, que el retrato se animaba y prorrumplía en una carcajada. Era que el retrato no era tal retrato. Era el modelo en persona, que por una abertura diestramente hecha en la tela, asomaba la cabeza y estaba oyendo todos los reparos que le ponían, negando que se pareciese a sí mismo.

Los críticos hubieron de admitir que se habían excedido un tanto en sus exigencias.

Para no olvidarme

Preguntaron a un viejo espartano por qué llevaba una barba tan larga, y el anciano respondió:

—Me dejó crecer tan larga la barba, para que viéndola siem-



pre, me libre del peligro de hacer cosa alguna indigna de mi edad.

Profundo pensamiento el del anciano. Muchas de las cosas las hacemos indebidamente porque nos olvidamos de lo que somos.

Pero no olvidemos que también la juventud tiene sus obligaciones.

ATODO HAY QUIEN GANE



Don Homobono gustaba de la comodidad y aquel viaje le estaba resultando harto incómodo. Don Homobono comenzó a toser y a estornudar, fuyendo un



fuerte ataque de "gripe", que por entonces constituía una plaga. Prontamente los viajeros fueron abandonado el vagón y tan

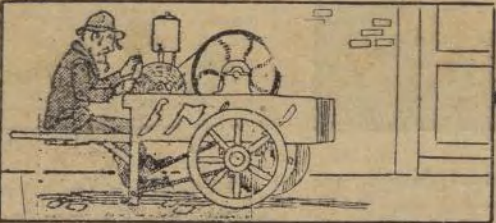


sólo quedó uno. "¿Usted no teme el contagio?" "No, señor—repuso el otro—, desde hace siete años padezco un catarro infec-

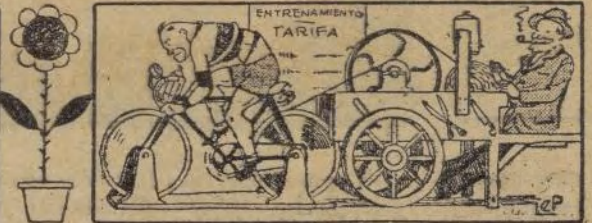


cioso que se contagia con la mayor facilidad." Don Homobono se tiró del tren en la primera estación, en el preciso instante en que arrancaba el convoy.

EL INGENIO DEL AFILADOR



El pobre afilador estaba fatigadísimo de su rudo trabajo. Además, apenas si producía para mal comer aquel oficio tan duro. El hombre cavilaba y cavilaba el medio de poder adelantar más y cansarse menos, hasta que al fin encontró una solución que le acreditaba como hombre fecundo en ideas. Montó la rue-



da en combinación con la de una bicicleta, anunció un nuevo aparato en que cómodamente se entrenasen los corredores ciclistas, y de esta manera, no sólo cobraba la tarifa de entrenamiento, sino que los que se entrenaban hacían andar su máquina de afilar aprisa y sin trabajo para el afilador.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER.

CAPITULO SEGUNDO

(Continuación)

Después de libertar al primero hice lo mismo con los demás, sacándolos uno a uno del bolsillo. Y noté con sumo gusto, que tanto la tropa como el paisanaje habían quedado muy satisfechos y penetrados de acción tan generosa, la cual pin-



taron en la Corte en términos que me hacían mucho honor.

Llegóse a extender por todo el Reino la noticia de mi prodigiosa magnitud, y quedaron limpias las provincias de gente curiosa y desocupada. Aun las aldeas se despoblaban, de suerte que la agricultura hubiera padecido mucho si Su Majestad Imperial no lo hubiese evi-

tado por medio de repetidas órdenes y edictos. Mandó que todos aquellos que ya me hubiesen visto se retirasen inmediatamente a sus casas, y no volviesen al lugar de mi residencia sin permiso especial. No se sabe las sumas tan considerables que ganaron los Oficiales de la Secretaría de Estado con motivo de estas circulares.

El Emperador juntó muchas veces su Consejo para determinar lo que deberían hacer conmigo; después he sabido cuánto les preocupó este negocio. Temían que algún día rompiese yo mis prisiones y quedase absolutamente libre. Decían que mi excesivo consumo dejaría el Reino exhausto de víveres. Y convenían en que era preciso matarme de hambre, o con flechas envenenadas; pero hallaban el reparo de que la putrefacción de un cuerpo como el mío infestaría la Corte y toda la tierra. Estando en estos discursos, llegaron a la puerta del salón donde estaba reunido el Consejo Imperial, varios oficiales del Ejército, y entrando tres de ellos dieron cuenta de la acción que acababa de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, la cual hizo una impresión tan favorable en el ánimo de Su Majestad y de todo su Consejo, que sin esperar más fué expedido un Decreto Imperial, obligando a todas las aldeas de novecientos metros de circunferencia de la Corte, a que suministrasen cada día por la mañana seis

vacas, cuarenta carneros y otros víveres necesarios para mi sustento, con cantidad proporcionada de pan, vino y otras bebidas. Y para el más pronto pago de estos gastos, hizo Su Majestad la asignación sobre su Imperial erario. Aquel Príncipe no tenía otras rentas que las del Patrimonio Real, y solamente en urgencias muy interesantes imponía tributos a sus vasallos, que estaban obligados a seguirle a la guerra a expensas propias.

Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y fué ordenada la construcción de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron a los dos lados de la puerta. También se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los más sabios del Imperio se encargasen de instruirme en su idioma; y por



último, que los caballos del Emperador, los de la nobleza y las compañías de guardias hiciesen con frecuencia

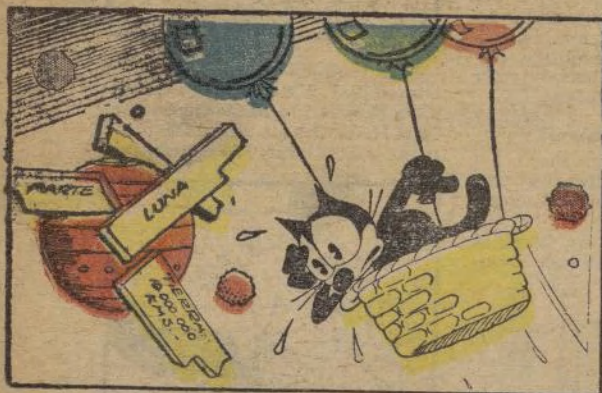
el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos a mi figura. Todos estos artículos fueron exactamente cumpli-



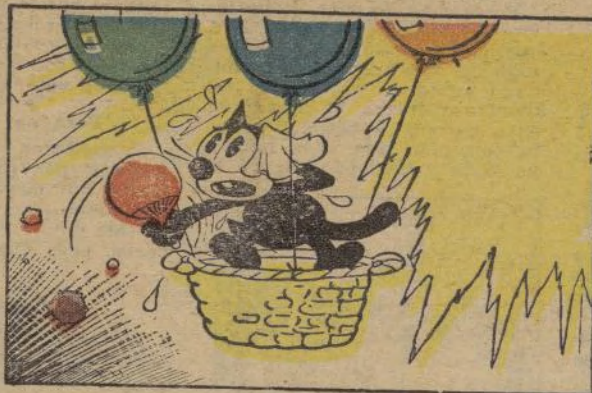
dos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Liliput, y entre tanto el Emperador no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que algunas veces ayudaba a mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las más precisas para pedirle mi libertad, manifestando el mayor deseo, y todos los días se las repetía puesto de rodillas, pero siempre me respondía que tuviese paciencia hasta que pasase algún tiempo, porque así convenía, que no podía determinar por sí solo este negocio sin consultar a su Consejo; y que en el caso de conformarse, era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase y sería tratado con toda la benignidad posible; y que entre tanto conservase su estimación con una buena conducta.—(Continuará.)

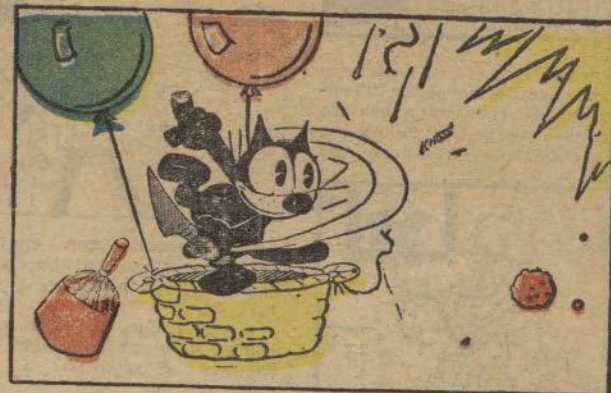
ANDANIAS DE GATO FELIX



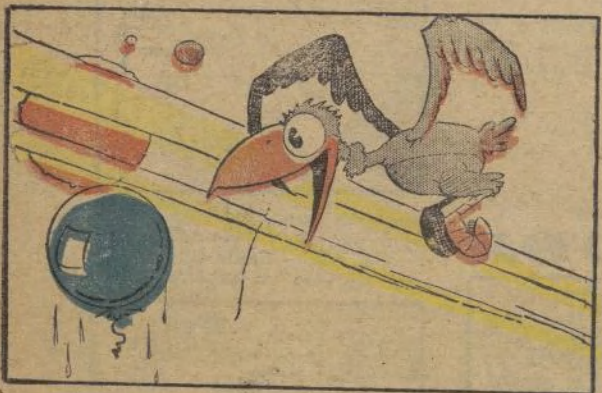
El extraño aerostato seguía subiendo más que las subsistencias. Félix, aterrado, contemplaba las tablas indicadoras de las carreteras del espacio, que le anunciaban que iba llegando a la estratosfera.



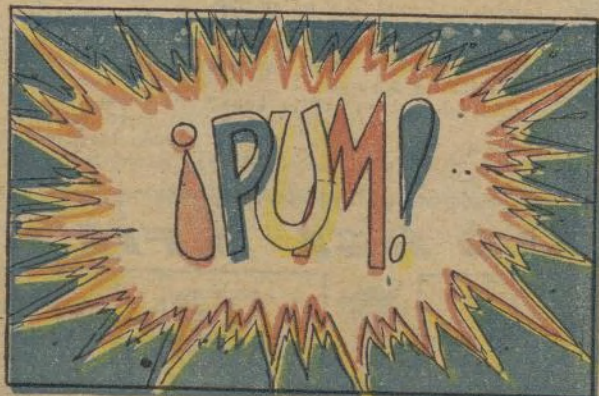
Minutos después el gato comenzó a sudar la gota gorda, pues la aeronave, en su marcha ascendente, se aproximaba al Sol. Aquello era mucho peor que atravesar la Cibeles a las dos de la tarde del mes de agosto.



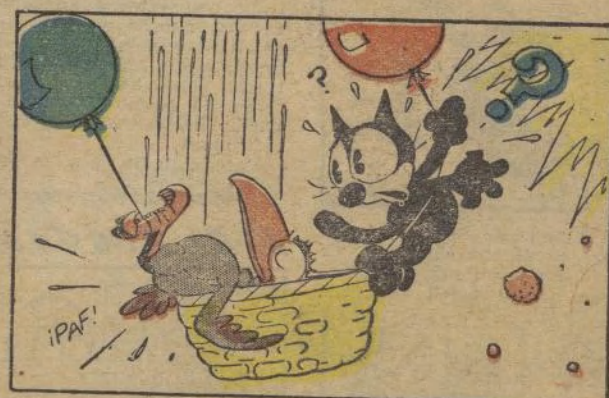
Entonces, y decidido a poner remedio a aquello y a emplear procedimientos heroicos, cortó el cable de uno de los globos para ver si de esta manera descendía, pues, de seguir así, pronto se colaría en el Sol.



El globo libertado fué prontamente visto por un pajaraco estratosférico, y a la vista de aquella bola redonda, el pajaraco estratosférico pensó que aquello debía de ser un bocadillo de anchoas rellenas.



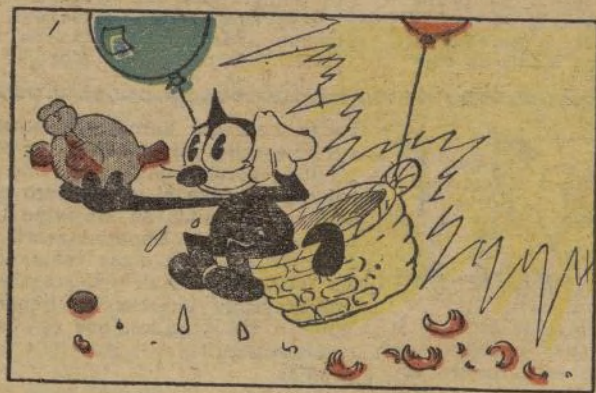
Y como todos los pajaracos estratosféricos se parecen por las anchoas rellenas, este de nuestro cuento tomó carrerilla y, ¡zas!, le arrimó un picotazo al globo, que estalló igual que una traca valenciana.



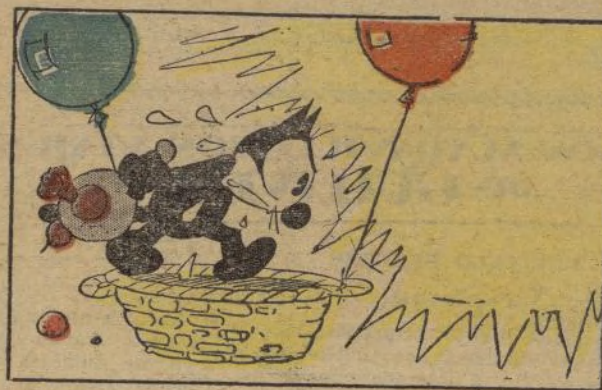
Pero el gas del globo tumbó al pajaraco sin conocimiento, y el avechuelo estiró la estratosférica patita, viniendo a caer sobre la barquilla de la aeronave de Félix, que se dió un susto de esos morrocotudos.



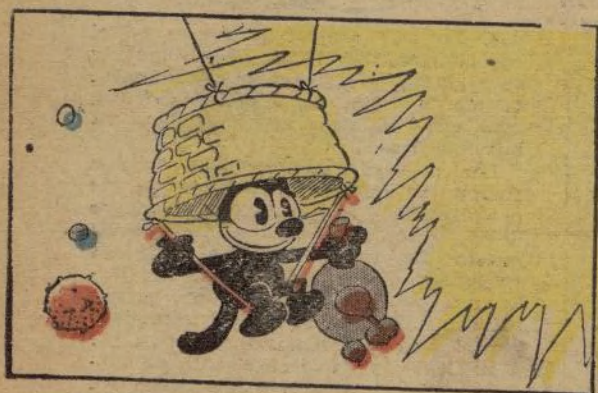
Pero pronto reaccionó el ánimo valeroso de nuestro querido aventurero, y vió al instante una solución en aquel pajaraco, que iba a servirle para comer y cenar, que buena falta le hacía al hambriento aviador.



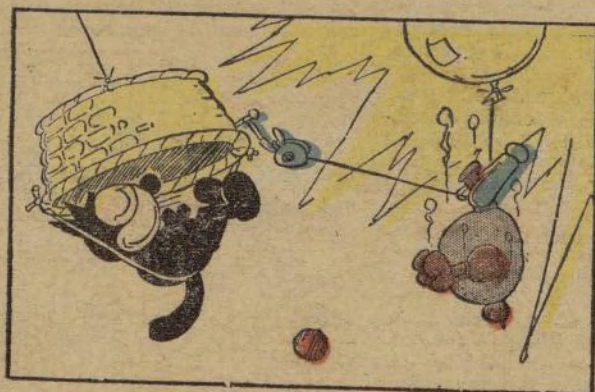
Pronto le tuvo pelado y dispuesto para zampárselo; pero el pajaraco estratosférico era tan mal educado, que no se freía o asaba él sólo, como era su deber, y claro, el aviador desconocido no se lo iba a comer crudo.



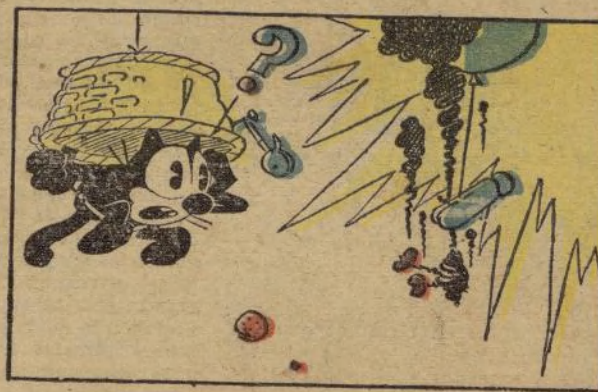
Además de esta contrariedad, el calor seguía apretando más que un cinturón de goma, y el pobre gatito se estaba quedando en los huesos, pues a pesar de sus esfuerzos no conseguían hacer descender al aerostato.



Peró fecundo, como siempre, en ideas, el gato ideó el fabricarse un conmovedor quitasol, que venía a resolverle el problema del sudor. Gracias a la improvisada sombrilla, Félix sintió bastante alivio y disminución de calorías.



Luego con una cuerda se confeccionó una cómoda hamaca, y pensando que aquel sol achicharrante era capaz de asar un ladrillo recocho, lo expuso a los rayos solares en espera de encontrárselo asadito y todo.



Y su despertar fué hondamente trágico y conmovedor. El pajaraco estratosférico, en el que Félix había puesto sus comestibles esperanzas, se había derretido con el calor. ¡Félix estaba condenado a morir!

(Continuará)